

EN LAS ESTRIBACIONES DEL MONTE GURUGÚ

PRÓLOGO

Estamos en las estribaciones del Monte Gurugú junto a la ciudad de Melilla a finales de septiembre de 1909. Las tropas de las cabilas (tribus bereberes) asedian la zona. Tras varias victorias de éstas entre las que destaca la del barranco del Lobo, la situación se ha estabilizado y el ejército español va desplegando sus líneas. Las escaramuzas por ambas partes son habituales.

La situación política es confusa. Por un lado el sultán Abd-el-Aziz que gusta de los “gadgets” europeos hasta el fetichismo (recorre en un carrito eléctrico su palacio y adquiere cualquier mecanismo inútil por precios disparatados) ha sido destronado por su hermano Muley Hafid. Pero la autoridad del gobierno de Fez en la zona del Rif (Bled-es-siba o tierra del desgobierno) es puramente nominal, su “Majzen” (ejército) no se atreve a llegar al territorio de las cabilas o tribus que mantienen sus propias leyes y tropas. Mientras ha vivido “El Rogui”, líder guerrero que las mantenía razonablemente tranquilas, la cuestión no era peligrosa, pero las concesiones que éste ha hecho, arrendando las nuevas zonas mineras por noventa y nueve años, ya a Francia, ya a España, le han enajenado el apoyo de algunas cabilas que al fin lo han traicionado y entregado al nuevo sultán. Éste, tras exhibirlo en una jaula, lo ha entregado a los leones en un espectáculo público que ha escandalizado a Europa.

El ejército español que manifiesta actuar en nombre de la autoridad del sultán lucha contra las tropas cabileñas. Un cabo primero del mismo, Matías Mateu Cabrales ha recibido la orden de deslizarse hasta el “Barrio Real”, una especie de caserón que hacía las veces de posición acuartelada avanzada española, y entregar a la patrulla que lo ocupa las órdenes de ataque de la mañana siguiente. Cualquier otra forma de comunicación se había vuelto imposible. Eran ciento cincuenta, máximo doscientos metros en zona abierta, llena de montículos y pequeñas zanjas abiertas por las torrenteras, muy adecuadas para esconderse,

pero también para que lo hiciese el enemigo. Vegetación escasa, desierto duro, no de dunas sino de tierra y piedras.

Matías tiene veinte años. De familia acomodada podría haberse librado de estar movilizado. Su padre habría pagado con gusto las mil quinientas pesetas necesarias. Pero las circunstancias, que conoceremos a lo largo de este relato, lo habían impedido.

Ahora se le está planteando un problema más acuciante, no debería haber tiempo de pensar en historias del pasado, pero Matías es un joven soñador e imaginativo y no puede evitarlo. Cuando comienza su lenta y prudente marcha hacia el monte, mira al cielo y piensa que no puede haber en ningún cielo más estrellas que las que ve esa noche como amigas. Podría poner un nombre a cada una de ellas, incluso describir su carácter. Todas benévolas, algunas traviesas, otras indiferentes, y se siente arrastrado hacia ellas. Nada puede pasarle bajo su cúpula protectora. El suelo está levemente iluminado por ellas, con una blancura triste, algo obscena y desde luego con sombras cambiantes y zonas oscuras impenetrables. La negrura absoluta habría sido preferible. No puede evitar imaginar tras cada forma un enemigo que, acostumbrado a la tierra, vería perfectamente a su presa, o sea a él, con sonrisa aviesa, planteándose si matarlo simplemente o jugar un rato con él. No se han molestado en darle instrucciones para el caso de ser capturado, en realidad esa posibilidad no ha entrado en los supuestos a tener en cuenta. Los cabileños no hacen prisioneros, se limitan a degollar a sus enemigos.

Matías es un joven fuerte y ágil pero la ansiedad y el miedo cansa tanto como el ejercicio. A los cincuenta pasos está tan azorado como si hubiese hecho cinco kilómetros caminando deprisa. Se apoya en un terraplén para no ser sorprendido por la espalda, que es su máxima inquietud en aquel descampado. Saca con el máximo silencio que le es posible la cantimplora reglamentaria, se moja los labios que se le han secado y bebe un par de tragos, le saben dulces como en noches de resaca. Mantiene el rifle "Máuser" amartillado y la bayoneta a mano para que le sirva de arma blanca en caso de ataque traidor, que por lo que le han dicho es la especialidad de aquellos que han resultado sus

enemigos. Nota un frío en la cara. Vuelve a saludar a sus amigas las estrellas y piensa que si está mas tiempo a la intemperie tiene más tiempo para ser sorprendido por un degollador. Pero si corre, el ruido será mayor y un objeto en movimiento en medio de aquella quietud será detectado con más facilidad. Una marcha lenta y regular es pues lo más adecuado, pero no ha de ser uniforme de dirección, debe cambiar de posición reptando de vez en cuando. Pero si repta es mejor hacerlo de lado o boca arriba para ver venir cualquier ataque. Tras estas reflexiones, Mateu contradiciendo todas ellas, se lanza a tumba abierta hacia las sombras. Con los ojos abiertos, siente que los lleva cerrados pues nada ve. Nadie, ni el mas avisado de los posibles emboscados, puede prever una acción semejante, se consuela, mientras trota semi agachado hacia el “Barrio” que ya parece esperarlo al fondo.

Respirando con dificultad se apoya por fin en la pared sucia del puesto. Ningún asalto, ningún sonido humano y, de pronto, cae en la cuenta. No le han dado el alto, ni ha tenido que decir contraseña alguna. El puesto está tomado por el enemigo... pero tampoco puede ser eso, pues el alto habría venido de sus asaltantes... El susto elimina todo el cansancio y Matías entra con el fusil preparado en el edificio todo ojos y oídos.

PRIMERA PARTE

Tres meses y medio antes, en Barcelona, Matías estaba en shock mirando algo que nunca pensó ver.

Apoyadas en las ruinas humeantes del “convento de capuchinas de clausura” de Sant Gervasi, las momias de varias monjas habían sido desenterradas por la turba y en pie, como guardianes, estaban allí en exhibición pública, nadie sabe en venganza de qué, ni con qué propósito, los indefensos cadáveres, medio podridos, de aquellas que habían hurtado sus cuerpos en vida, de las miradas de los demás.

Pero, con ser el espectáculo impresionante, los viandantes pasaban de largo, tras pensamientos siempre desaprobatorios, pero en unos casos con cierta satisfacción por odio a la prepotente Iglesia y en otros con un dolor añadido de escándalo ante la blasfemia. El joven Mateu no había

pasado de largo como los demás. Había identificado a primera vista, entre los cadáveres expuestos el de su tía Julia. La buena tía Julia, a la que había conocido de niño, y cuya profesión religiosa, y más en una orden de clausura tan estricta, había impactado en su infancia.

Y es que aquella “feucha” pero encantadora y vivaracha muchacha era una de las parientes “semi adultas” favoritas de Matías. Había jugado con él, le había leído libros, lo había protegido de sus padres, mas severos cien veces. Y las explicaciones de “estar o casarse con Dios”, “ahora rogaría por todos” “ha tomado estado” y otras similares nada aclaraban al muchacho sobre un enigmático destino que impedía hasta que la viera. Se la imaginaba, como la protagonista de un relato que le había impresionado años antes, emparedada en vida.

Con el tiempo, como pasa con la muerte, los ausentes pasan a formar parte de nuestra vida mas personal e íntima, como si nos acompañasen solo a nosotros, pero sin que pasen de ser meros observadores y críticos de la “vida real” y eso había pasado con su querida “tía Julia”, ahora “hermana julia” según le habían explicado, aumentando la confusión a la metamorfosis en la cabeza de un niño de diez años.

Y ahora, en aquel momento, el sagrado cuerpo de aquella querida tía, había sido violado de aquella forma obscena por la locura humana.

Como no podía ser de otra forma, Matías no lo pudo soportar.

Hay dos tipos de reacción ante la indignación extrema. La habitual es la que busca venganza, a Matías la masa incontrolada y enloquecida le resultaba tan poco humana como un desastre natural del tipo terremoto o volcán, por tanto, no le provocaba ningún sentimiento, por ello, no deseó ni imaginó propósito de vengarse de nada. La segunda reacción es la de eliminar el mal causado. Y eso es lo que decidió el joven. Aquella noche enterraría de nuevo los despojos de la hermana Julia. Y antes estaría pendiente para evitar cualquier ofensa o profanación al cadáver. Miró con ternura infinita la calavera repugnante de aquella muchacha a la que tanto quería y con aire retador se sentó delante del macabro grupo. Nadie prestó mas atención de la justa al chico ni a las profanadas. Y, como suele pasar todos los días, se hizo de

noche y el grupo, hasta entonces repugnante, pasó a ser siniestro y amenazador.

SEGUNDA PARTE

Pese al mal olor, no tanto como el que habría sido previsible, cogió en brazos el cuerpo, o lo que de él quedaba, de su tía Julia y se dirigió, tratando de evitar que se desprendiese alguna de sus piezas, a la trasera del edificio medio quemado. Dos o tres veces estuvo a punto de caer por fallarle el suelo, frágil y traidor tras el incendio, dos o tres veces hubo de recoger macabros despojos desprendidos del cada vez más adorado cuerpo pues nada nos une como el empeño prohibido, a los objetos que hemos decidido proteger.

Ocupado en no dejar solos los cuerpos de las infortunadas monjas de clausura, no se había hecho con nada para cavar la correspondiente tumba. Había confiado en que los agujeros estarían allí y se tratase de taparlos con tierra, para lo que un simple madero habría sido suficiente o que, en su locura, los desenterradores hubieran dejado las herramientas de su hazaña allí abandonadas, pero no, los asaltantes habían resultado ser mas cuidadosos con su propiedad que con la honra ajena y se habían llevado los picos o lo que hubiesen usado con ellos. Así que, tras dejar apoyada a “la tía Julia” en una cruz de piedra, dio dos patadas a la puerta del cuchitril del inexistente vigilante y con sorpresa constató que las cerraduras son menos sólidas que las puertas, pues saltó la primera y la segunda se abrió con estrépito, pero con limpieza sin más daños que el listón astillado tras el empujón, que bloqueaba la cerradura. Un fuerte olor acre lo detuvo un instante, pero desapareció sorprendentemente cuando vio, apoyada en la pared con un gesto burlón, como una princesa que esperaba segura el rescate de un príncipe enamorado, al menos eso le pareció a Matías, una pala de construcción, vieja y rota, como desdentada, como si todo estuviese pudriéndose en el mundo, monjas y palas.

Tras varias horas de trabajo y ya con el alba, apenas había terminado de colocar el cuerpo de la infortunada en su sitio, cuando aparecieron los guardias de asalto que un vecino, buen ciudadano, había avisado y ante una fuerza inferior en número, los policías habían decidido hacer lo que

no se habían atrevido durante el día, o sea: intervenir contra uno de aquellos profanadores que, por lo visto, no había tenido suficiente ración de ignominia durante el día y venía a concluir su sórdida tarea por la noche.

Ante la perspectiva evidente de ser detenido y la probable de pagar por enterrar la factura de los que desenterraron, saltó Matías la valla y corrió perseguido por lo que le parecieron docenas de guardias, cientos de serenos y una miríada de gritos calle abajo.

El joven Mateu siempre había visto las manifestaciones de masas como animales salvajes e imprevisibles, siempre hostiles a lo que estaba fuera de ellas y deseosas, como estampidas, de destruir todo lo externo por aplastamiento, entre la euforia borracha de sus elementos. Pues bien, nada le pudo satisfacer mas que encontrarse con el montón de gente amotinada que ante el puesto de reclutamiento de reservistas para la guerra de Melilla, gritaban contra el ejército que quería llevarse a la muerte a los reemplazos de 1902 y 1906, casi todos ya casados y con hijos. Una señora joven y atractiva, con un niño de corta edad, casi dormido en brazos, fue quien se percató de su presencia.

- ¿Es usted uno de los llamados?
- Sí, mintió Matías
- Pero usted es muy joven , dijo desconfiada la joven esposa.
- Oh, sí. Yo soy del reemplazo de este año.

Y añadió, deseando con la conversación penetrar en aquella masa y hacerse invisible a sus perseguidores que ya estaban llegando a donde estaban.

- Pero a su marido y a los demás no se los llevarán después de lo que han hecho ustedes hoy.
- Bueno, debo decirle, que yo estoy aquí, con todas estas, pero soy viuda. Y, la verdad es que no hemos entendido muy bien lo que ha pasado, porque los manifestantes han empezado protestando por este desastre de llevarse nuestros hombres a una guerra injusta y donde están muriendo los muchachos como moscas...

pero luego se han vuelto contra la Iglesia, que nada tiene que ver con nuestras justas reclamaciones, y se han puesto a quemar conventos e iglesias

Otra señora, casi todos los manifestantes eran señoras, ante la desesperación de Matías, que veía su camuflaje muy debilitado, se incorporó a la conversación.

- Sí, y mañana parece ser que se volverán contra los patrones. Que tampoco tienen nada que ver con el reclutamiento. Acabaremos solo nosotras aquí.

Allí las dejó ante las maniobras de identificación, que comenzaban a acercarse, de los agentes.

Se abrió paso y entró en una habitación desnuda, titulada con el pomposo nombre de “Oficina de reclutamiento”, dos o tres legañosos soldados evitaban violencias contra un capitán y dos sargentos que estaban sentados con aire aburrido, en tres mesas llenas de listas y papeles.

Eran las seis de la mañana y ante la violencia desatada en la ciudad el día anterior habían decidido mantenerse atrincherados en el local y en situación de “abierto pero sin actividad”

- Oigan, preguntó al primer sargento, ¿es verdad que si te alistás no te pueden detener?
- No exactamente, contestó el interpelado, pero se pasa a estar bajo la jurisdicción militar.
- Pues quiero alistarme. Decidió Matías.

El sargento lo miró con sorpresa. Todo el día rompiendo cosas todo el mundo y aquel joven, contra corriente se apuntaba al ejército. No debía ser muy listo aquel sargento, pues no dedujo nada de la primera pregunta que el recién llegado le había dirigido.

- Mi capitán, gritó, aún escéptico, como si fuese víctima de una alucinación, ¡Este chico quiere alistarse!

El segundo sargento, miró a Matías con orgullo contenido.

- ¡Al fin, un patriota! Pensé que no había un hombre valiente en esta ciudad.

El capitán al fondo y que era más inteligente, o al menos más despierto, que sus inferiores, bramó:

- Pues hazlo pasar y apunta a ese “patriota” antes de que lleguen esos guardias que están revolviendo a la gente de la calle.

Esas fueron las circunstancias que habían llevado al joven Matías Mateu, con el grado de cabo primero, dadas las circunstancias excepcionales de su reclutamiento “voluntario”, al frente de África y que habíamos prometido contar.

EPÍLOGO

Me llamo Ibrahim y pertenezco a la cabila Beni Urriaguel. Es la más prestigiosa desde Bled-es-siba hasta La Restinga y la que ha resistido desde siempre al chacal Bu Humara el Rogui, de los Beni Bu Ifrur. Todos sus miembros son gentes sin honor que quieren vender nuestras riquezas a los arrogantes europeos que nos odian.

Soy uno de los mas jóvenes de la partida que ha ejecutado esta noche a los cinco o seis soldados cristianos en el edificio que ellos llaman Barrio Real. Muchachos jóvenes y distraídos que ni siquiera habían colocado guardias, aunque, si lo piensas bien, los que ponen ni ven ni oyen, pero debo reconocer que si te descubren son feroces y saben luchar, con trapacerías, eso sí.

Quiso Dios que tuviera que volver al lugar del asalto, puesto que Mohamed mi amigo y el compañero por el que debía velar con la vida, no venía con nosotros, me desplazé sin hacer ruido, como sabemos hacer en mi familia, pese a que estaba bien seguro de haber acabado con aquellos odiosos soldaditos.

Me sobresaltó notar la presencia de movimiento donde solo escorpiones y serpientes deberían moverse. Saqué con prudencia mi fiel y afilada gumía pues había vuelto sin mi escopeta y me asomé con cuidado a la sala del edificio donde había detectado que algo se movía y allí estaba: Un nuevo soldado, tal vez el guardia que no habíamos visto.

Pasó como una centella por mi cabeza un cierto dolor de culpabilidad por el descuido. Pero o era tan tonto como sus compañeros o un traidor que había cometido una falta mayor que la nuestra, pues si malo es no ver al vigía, peor es que éste se emborrache o se duerma y no vea a los que atacan. Había apoyado su rifle y parecía atender a uno de los muertos. Bueno sería hacerse con aquel buen “Máuser español”

Siempre, desde que era niño, al atacar siento que se unen a mí mis padres ya muertos, mis abuelos y todos los antepasados y hasta los amigos que no sé si andan muertos o todavía por este mundo. Y eso pasó una vez más, ellos me hacen fuerte e invisible. Me gusta recoger el brazo para herir y hacerlo de un solo movimiento, es mas elegante y el otro no puede gritar ni avisar. La cuchilla larga, estrecha y aguda, corta todo casi sin tocar, vuela sobre la piel del enemigo abriendo mágicamente una mortal herida...

Fue entonces y a nadie se lo he contado pues el hombre tiende a creer lo que quiere creer y envidiosos de mi valor, fácil es que creyeran que fue cobardía el ver a una dama amortajada, flotar blanca y fantasmal como un diablo del desierto y arrojarse sobre mí como una esfinge, espantó a mis espíritus familiares como hojas al viento y arrojó mi gumía al menos a cien pasos. Aún me enorgullezco de que no grité ni hui despavorido como habría sido natural ante el espectro horripilante, sino que me limité a levantarme de mi escondite y caminando hacia atrás me alejé del lugar maldito y de paso de aquel soldado que tales guardianes tenía. Nada supieron en mi clan de su presencia ni de la de la fantasma. Informé que las cosas estaban como las dejamos y que nada sabía de Mohamed, por lo que fui desplazado temporalmente de mi posición en el grupo, pero sin más sanción ni vergüenza. <de mi amada gumía no supe ni quise saber nada más. Que quien la encuentre sufra él solo su maldición>.